

AÑO I.

La Unión Republicana

CADIZ.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

SUSCRIPCION, 50 CÉNT.
NÚMERO SUELTO, 15 CÉNT.

NÚM. 28.

LO DE TODOS LOS SÁBADOS



- Y qué te dijeron en el Ayuntamiento cuando pediste trabajo?
- Que me tirara por la muralla.
- ¡Anda! ¿Y tú por qué no le diste una bofetá al que te lo dijo?
- Porque entonces había que andar á bofetás con medio Ayuntamiento.

Fajardo

CÁDIZ 14 DE JULIO DE 1895

Balance



El calor y los duros sospechosos son los temas que se disputan la atención de los españoles en el actual momento histórico.

Lo cual quiere decir que todos sudamos á chorro: unos atravesando las calles para ir á la oficina ó á la redacción, y otros al verse dueños de unas monedas de guardarropiá que no valen lo que representan.

Ayer me encontré á varios amigos y todos me hablaron de lo mismo, del calor y de los duros de la **V**.

Uno de ellos, acreditado *sablista* que es capaz de pedirle dos reales al gobernador civil, me decía ayer muy serio:

—Es una complicación eso de que lo que representa veinte no valga más que catorce.

—¿Pero usted toma duros de la **V**?

—Yo no los tomo aunque sean de la **K**. Pues si yo tuviera un duro, ¿cree usted que iba yo á andar-me con *abecedarios*?

—Oiga usted—me decía un ex-concejal que ha pertenecido á la comisión del municipio encargada de revisar las inscripciones y los rótulos.—¿esa *ve*, que tanto ruido está dando, es *ve* de Bertoa, ó de Genovés? Como yo no estoy muy fuerte en ortografía...

—**V** de víbora, le contesté yo, para sacudirme el importuno.

De estas amarguras estamos libres los periodistas.

Los chicos de la prensa no llevamos en los bolsillos más que duros de la **N**.

—¿Y cuales son los de la **N**? preguntarán los curiosos que siempre abundan.

Pues... Ningunos.

Las niñas elegantes y en estado de merecer no dan paz á la mano preparando las *toiletts* de playa.

Las de Cohete se han hecho unos bañadores elegantísimos.

Bien es verdad que D. Serapio, cabeza visible de la dinastía de los Cohetes, es muy amigo del cacique conservador y ha conseguido por mediación de éste, que en el municipio le facilitaran unos cuantos rollos de lona embreada y media docena de gallardetes viejos.

Las chicas que son muy mañosas han sacado gran partido de esos materiales, y se han hecho unos túnics que puestos «de pié» parecen pellejos de Valdepeñas.

La única dificultad con que hasta ahora han tropezado es que la maldita lona da un olor insufrible,

y en las actuales circunstancias no hay quien pase por la calle donde viven los Cohetes, porque aquello es un foco de infección que trae sobresaltados á los vecinos.

—Papá,—dijo la otra noche la Cohete chica á don Serapio—es preciso tomar una determinación, porque si no le quitamos la peste á los bañadores no nos van á dejar ni acercarnos al *Real*.

—Bueno, hija, bueno; no se puede estar en todo: un día de estos veré á Emilio Rodríguez y le pediré una poca de esencia para que rocien ustedes la ropa de baño.

¡Y luego habrá quien niegue las ventajas de estar bien relacionado con los personajes políticos!

Luis de Cádiz

REFORMAS PRECISAS

Necesitan reformas muy esenciales

todas las ordenanzas municipales;

especialmente,

en lo que yo le llamo

«trato de gente.»

El cuerpo respetable

de los serenos

ha llegado, y es triste,

ya tan á menos,

que no es posible

resistir por más tiempo

lo irresistible.

¿Qué hora es? preguntaban

antiguamente

á un sereno cualquiera,

que diligente

decía al momento:

—«Las doce y veinticinco;

nublado y viento.»—

Pero ahora... ¡enfadado

si llega alguno

á serle á un guardia de esos

inoportuno!

pues está expuesta

á una coz, la persona

que los molesta.

Hay sereno endiosado

que hasta pretende

ser un teniente alcalde,

pues no comprende

que es un fantoche

que se acuesta de día

y anda de noche.

Funde usted un colegio,

señor alcalde,

en donde les enseñen

casi de balde

guardar las formas

antes que de sus botas

den con las hormas.

Así podrá cualquiera

vivir tranquilo

y no tendrá su alma

siempre en un hilo,

temiendo el turno

de que le muerda un guardia

fiero y nocturno.

Reprensada usted á esa gente

mas con ahínco,

y vaya preparando

cuarenta y cinco

perros de presa

con linternas y sables...

¡si esto no cesa!

FIGARITO.

EL GRAN PROBLEMA

Hay asuntos que tienen vinculado el privilegio de la atención pública.

Habrán ustedes observado que en cuanto se reúnen dos señoras, el asunto de su conversación no son las modas, ni la guerra, ni siquiera la belleza de Navarro Reverter; es... el servicio.

—Pero hija ¿cómo está el servicio!

—¡Ya, ya! ¡Está... inservible!

Y vuelta con el servicio, y venga el servicio, y vaya el servicio, y servicio arriba, y servicio abajo.

Se trata del servicio doméstico y del tan acreditado gremio de fregatrices á domicilio y doncellas de lance.

Mi vecino don Honorato anda estos días repartiendo por las tiendas del barrio un volante en que ha escrito:

«Sirviente: se necesita con decoro y buenas formas. Inútil presentarse con las manos pueras. Bollo, 94, segundo.»

En cuanto se presenta una muchacha á pretender, sale el matrimonio á abrir la puerta y aturde á preguntas á la *individua*.

—¿Tiene usted cartilla? ¿E informes? ¿Y buena conducta? ¿Y cédula? ¿Y baul? ¿Y ropa negra?

—Oigan ustedes... yo tengo... lo que tengo. Me parece que es bastante.

—¡Ya lo creo!—dice D. Honorato mirando con fruición las espléndidas formas de la maritornes.

Con lo cual doña Rita le echa una mirada fulminante y le dice con voz de cierva herida:

—Mira, tú te vas adentro y limpias la capuchina que ayer se cayó en la ensalada, y le hace buena falta.

—Pus miste—dice la doméstica—como tener no tengo cartilla, ni me ha hecho falta, en buena hora lo diga, porque eso de las cartillas son *infundios*.

—Bueno, pues si no la tiene usted, ¿qué le hemos de hacer! ¿Usted qué gana?

—Yo he ganado siempre tres duros, y no me quedo menos de cincuenta reales si hay compra. ¡Ah! Y me han de dejar salir todas las tardes una hora para ver a mi novio. Y no ha de haber niños.

—Bien. Los mataremos esta noche.

—No digo tanto, mujer.

—Oiga usted, que es eso de mujer?

—Pus, qué, ¿es usted hombre?

—Lo que es usted es una desvergonzada.

—Y usted una golfa vestida de señora. Si ya me han dicho que aquí no pagan ustedes a las criadas, y que lamen el plato de las lentejas.

—¡Indecente! ¡Menegilda!

—¡Quede usted con Dios, doña Escocida!

Por fin se marcha la maritornes y se serena doña Rita.

—Si es lo que yo te decía—la increpa el esposo, que trae las manos llenas de verdín,—hicimos mal en despedir a la Poli. Aquella era muy buena y complaciente.

—Por eso te gustaba a ti; pero yo no quiero muchas tan complacientes.

—¡Será mejor la Elvira que nos sirvió en el cocido el despertador, y que dejaba el chico en el vasar de la chimenea!

—No, pero la Juana...

—Sí, la Juana, la que nos llevó dos sábanas y una caja de pastillas de Andreu.

Ello es que D. Honorato no ha encontrado criada en dos meses.

Por fin, ayer fui a su casa y salió a abrirme una coja picada de viruelas.

—¿Están los señores?—pregunté.

—No, señor, no están. Pero miá que señores...

—Pues ¿qué ocurre?

—Pues, ná. Ella dicen que ha vendido *El Enano*, y él se pasa el día con el soplillo. Lo que es aquí no para nadie que tenga *dizñidaz*.

—Entonces felicito a usted, hija mía.

—¿Por qué? ¿Se può saber?

—Porque va usted a durar mucho tiempo.

C. Schüller.

"BOUQUET"

El alumbrado está malo, pero eso a nadie le asusta; cuando se *llecan la luz* ¡claro! se queda uno a oscuras.

Dice que no va a los toros, porque le da mucho asco ver a los animalitos con las *tripas* arrastrando.

¡Ay, señor alcalde!
Compre usted cloruro,
y que desinfecten con él los escaños
¡porque están muy sucios!

Yo me acerqué a un alcornoque por ver lo que me decía y me dijo... que era hermano gemelo de un fusionista.

Dicen que en los *Madriles* hay una «Huerta» con unas calabazas

que son tan buenas,
que de ellas salen
ministros, diputados
y concejales.

D. Hermógenes.

DE ACTUALIDAD

BRISAS DE ESPAÑA

A mi querido amigo Domingo Viaña.



corralados, hambrientos, hechos girones los enlodados uniformes, con la desesperación en el alma y la fiebre en las venas, lograron salir de aquel círculo de hierro que los ametrallaba.

Estaba la muerte bajo la vida: cada claro del follaje, de aquel hermoso follaje de un verde que hería la vista y arrancaba a los rayos del sol cambiantes blanquecinos, era un volcán de fuego que vomitaba la desolación y el estermio.

Cuando se vieron en el llano y libres de acechanzas, los descreídos

respiraron con ansia el aire abrasado de la campiña cubana: los creyentes elevaron a Dios, con una mirada a los cielos, la gratitud de sus corazones.

Iban todos anhelantes, muchos heridos, alguno moribundo. El ansia de llegar pronto al poblado, distante muy poco del puerto, los aguijoneaba; allá a lo lejos estaba el reposo, la seguridad, las nuevas de la patria, el recuerdo cariñoso de los que al otro lado de los mares lloraban la separación con esa angustia inacabable peor que la muerte misma.

Caja la tarde entretanto, y con ella la esperanza de encontrar refugio durante la noche en lugar habitado por hombres, que no por fieras.

Alguien, no se sabe quién, uno cualquiera gritó para animar el pelotón, que a las palabras del animoso redobló sus esfuerzos en la angustiosa marcha.

A poco la columna se detuvo: había caído un hombre al suelo, desfallecido y espirante.

Cuando los últimos soldados llegaron al sitio donde yacía el valiente, ya las sombras envolvían la tierra.

Era el vencido un pobre soldado ruso: cuando sus miembros calcinados por aquella atmósfera asfixiante, hallaron reposo en la tierra, un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del infeliz: se moría por instantes: pidió agua y bebió febrilmente hasta la hartura: luego volvió a desplomarse.

En aquel momento, el estampido de un cañonazo vibró en los aires.

—¡El correo de España! dijeron algunos, poniendo en aquel grito de júbilo, su alma entera.

Y entonces el moribundo abrió los ojos, trató de incorporarse, y cayó por última vez, dibujándose en el cadavérico rostro una expresión de goce inexplicable, como si entre los ecos del estampido que aún ensordecía la campiña, hubiera percibido clara y distintamente el rumor de un beso, de aquel beso anhelado y bendito, que desde la patria le enviaba su madre, la santa mujer que ya no volvería a verlo...

Joaquín Navarro.

Julio 13, de 1895.

LA HAZAÑA DI UN CONCEJAL

(HISORICO)



—Bu...buenas ta...tardes. El re...recibito.
—De cualo periódico?
—De el Su...suplemento.



—Aqui no se recibe el mimento. Puede usted retirarse.



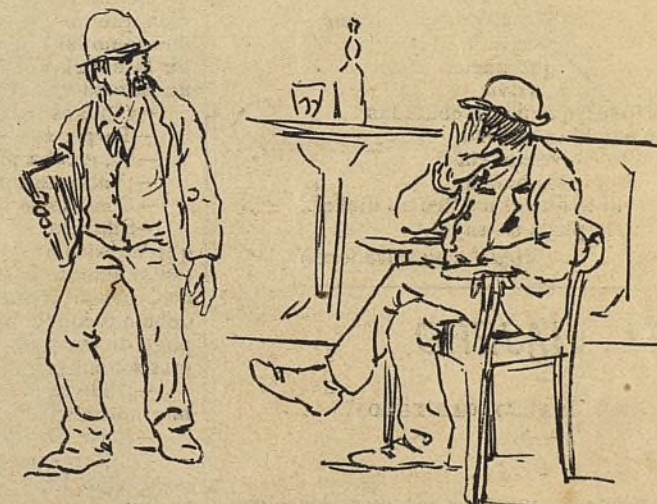
—Di...dispense Vd.; yo lo tra...traigo todos los domingos.



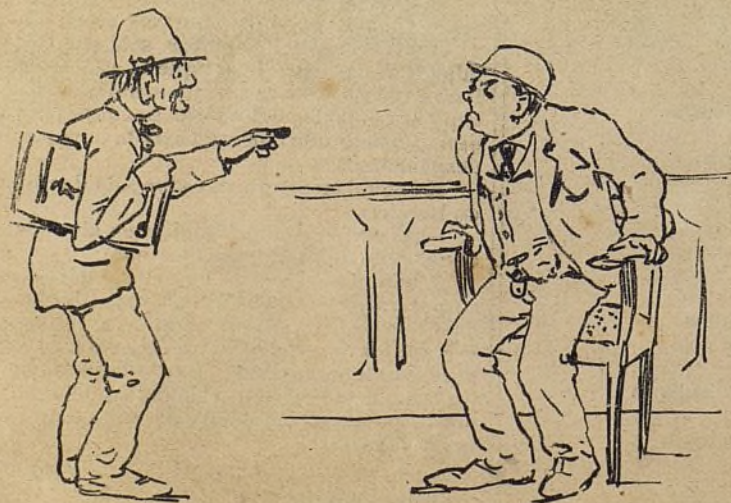
—Será verdad; pero no me da la gana de pagarlo.



—Pues Vd. cu...cuando uno toma aqui una ma...ma...mariposa, bien...cobra la pe...perra gorda.



—Bueno. Le dice usted al *diretor*, que no lo pago hasta que yo no le ponga «una montera á la bahía», según dicen ustedes.



—¡Entónces es, que está usted a...acharao!



—¡Váyase usted inmediatamente, ó le doy un puntapié!

—E...eso es. Ahora mecha usted de aquí, igual que cu...cuando lo echaron á usted del Círculo Republicano.



—¡Dios nos li...libre de con...concejales que han sido chi...ehicucos!

Nuestros versos

LAS BAÑISTAS

Correr por la playa
sombrias en mano,
referir entre amigas, historias
de amores pasados;
llenarse de espuma
los lindos zapatos
que se ven, al alzarse el vestido
de colores claros;
burlarse de alguna
que se está bañando
porque tenga las piernas delgadas
ó largos los brazos;
meterse en el agua
con mucho cuidado
no le vaya un cangrejo atrevido
á dar un mal rato;
decir que está el agua
más fría que el mármol
y atisbar si su novio en la orilla
la está contemplando;
llamar al bañero
á grito pelado
olvidando que sabe solfeo,
tocar el piano,
y que los principios
que le han enseñado,
las ordenan que guarden las formas
hasta en el verano.
Esto es lo que hacen
todas ellas, silbo
excepciones, que por lo contadas
no cambian el caso;
y á la conveniencia
de tomar los baños
y observar lo que el médico ha dicho...
¡que la parta un rayo!

Miguel Rey Rivadeneira.

EL VIAJERO

(NOVELA EN CUATRO CAPÍTULOS)

I

—Nada, nada, agradezco vuestros consejos, los agradezco con toda el alma... pero no me convencen ustedes... He venido por dos días y solo dos días estaré aquí... ¡Si estuviese una hora más... ¡qué sé yo!... me moría... No; no crean ustedes que exagero... me moría de tedio...

—Pero, Luis, escucha...

—No escucho nada!... Si lo saben ustedes ¿á qué machacar en hierro frío?... Todo me hastia, todo me aburre... Me fastidia soberanamente que mis ojos vean hoy lo que vieron ayer... Dejadme, pues, mi único placer... ¡Viajar!... Viajar mucho!... Mi único vicio!... Un vicio que dá salud al cuerpo y recreo al espíritu!...

—Bueno; haz lo que quieras... ¡ya te cansarás!

—No; de eso no me canso, os lo aseguro!

—¿Una apuesta?...

—Como queráis...

—¡Pero has de ser sincero!... ¿Palabra de honor de darte por vencido en cuanto te sientas cansado de esa vida?

—¡Palabra de honor!

Pues entonces, en pie está la apuesta; el día que te aburran tus viajes, tendrás que pagarnos... ¿qué ponemos?... vamos, poca cosa... una cena...

—¡Eso, eso! Una cena opipara... —interrumpió uno.

—¿Pero á nosotros solos? —preguntó otro.

—Hombre... solos... solos... no; cada uno con su media... tostada; ¿vale?

—¡Aprobado! ¡Aprobado! gritaron todos.

—Despacito, señores, despacito —decía con calma Luis

—no hacerse ilusiones... ¡porque yo no pierdo la apuesta!....

II

.....—¿Y qué dice en la carta?

—Lo de siempre; lee; que ha estado en Cette, en Marsella, en Génova, en Venecia, en Niza, y que de allí va á Ginebra.

—Si; y de Ginebra á Siberia, y de Siberia se planta en el Congo á conocer á los Principes... Me parece que ese nos hace perder la apuesta... á Luis no lo pára nadie...

—Ya se parará... Nunca es tanta...

III

—Albricias, señores, albricias...

—¿Qué; te ha escrito á tí?

—No; pero he visto á la familia, y me ha dicho que Luis continúa en Ginebra.

—¡Canastos! —Si hace más de dos meses que llegó allí!

—Eso no es lo tratado; con esas intermitencias gana cualquiera.

—Claro está; es preciso escribirle.

—No, no, esperemos á ver lo que él hace.

IV

—¡Anda; rompe ese sobre pronto!

—¡La fecha!... ¡Ginebra 18 de Mayo!...

—Ah bribón... Todavía en Ginebra!

—Oído señores...

«Queridos amigos: han ganado ustedes la apuesta. Al fin me han cansado los viajes... porque he encontrado otra cosa que me gusta más; una suiza de ojos de cielo y cabellos como las doradas espigas del trigo... Preparaos á recibir la noticia... ¡Me caso y no viajo más! Pronto os dará un abrazo vuestro amigo, Luis...»

—¿Qué os parece?

—Torpe; se casa... ¡Pero al fin ganamos!

—Si, estaba previsto.

—¡Valiente tute le vamos á dar en cuanto vuelva!

—Con eso no será otra vez tan testarudo...

—Silencio, señores, que voy á resumir: Considerando que nuestro ausente amigo no ha tenido fuerza de voluntad suficiente para mantener su propósito, los aquí reunidos, constituidos en tribunal inapelable, fallamos, que debemos condenar y condenamos á D. Luis del Valle, al pago de las costas del... banquete magno, con que pensamos solemnizar el regreso... ¿Se aprueba así?

—¡Pido la palabra! dijo uno de los que menos se habían mezclado en la baraunda anterior.

—El Sr. D. Ricardo Rosales, tiene la palabra.

—Señores: en contra de vuestra opinión, yo creo que no ha sido Luis, sino nosotros los que hemos perdido la apuesta.

—¡Eh! —interrumpieron con extrañeza.

—Luis va á seguir viajando.

—Si dice que no en su carta...

—A pesar de eso, Luis va á seguir viajando.

—¿Cómo!...

—¿No va á casarse?

—¡Si! respondieron todos á coro.

—¡Pues ha tomado billete para el infierno!

Eduardo Parodi.

¡POR ESO MISMO!

A una señora en Madrid
los ladrones le han quitado,
según nos dice la prensa
que de la Corte ha llegado,

cerca de un millón de reales,
que no es un grano de anís;
y si se queda ó se muere...
la señora está en un tris.

Inconvenientes de ser
rico y de tener dinero...
¡Si no quiero una peseta,
y sé por qué no la quiero!

Ved por qué de noche dejo
las puertas de par en par...
Que en mi cuarto entran ladrones...
¿Y qué me van á quitar?

Que despierto en el asalto...
Pues corre riesgo seguro;
porque, al que entre á robarme,
le pido prestado un duro.

¡Riquezas! Me mortifican;
yo no soy de nada dueño:
así, que viene la noche
y due rmo tranquilo sueño.

Como padezco de insomnios,
que ya es triste padecer,
suelo soñar muchas veces,
¡y es lo que tiene que ver!

La otra noche, ¡qué fatiga!
que me robaron soñaba:
¡no pu edo decir á ustedes
la gran risa que me daba!

Yo hacia muy grandes esfuerzos
porque quería despertar
para poder convencerme
que me pudieron robar.

Y desperté convencido
y algún tanto preocupado;
¡y hasta me daba alegría
de que me hubieran robado!

Pero... nada: estaba allí
mi lecho entre catre y cama,
mi ropilla de entretiempo,
la silla rota... ¡camama!

Y me llené de tristeza,
y dije:—¡El pobre, Señor,
ni es digno de que le roben!...
¡ni aun cuenta con ese honor!—

Y desde entonces persigo...
¡y desde entonces ya quiero,
siquiera porque me roben,
contar con algún dinero!...

Carrasquilla.

Retazos

El ilustre hombre público don Laureano Morante, se
ha ofendido con nosotros porque le atribuimos el proyecto
de ponerle una montera de cristales á la bahía.

¡Qué desagradecidas son algunas personas!
Se matan los periodistas por sacarlas de la obscuridad
de los mostradores donde hicieron su fortuna, y encima
se ofenden.

¡Taday! ingratos!

Te perdono tu aversión
siempre en tu rostro marcada:
lo que yo no te perdono
son los polvos en tu cara.

A. C.

Pacotilla.

¡También hay golondrinas mensajeras!

Días pasados fué capturada una en Granada y se vió
que tenía atada al cuello una cinta y en ella un papelito
escrito con tinta verde, que decía:

«Nunca te olvidaré, Lolita de mi alma. Si hice lo que
hice (*¡Cielos, que hizo!*), fué porque te amo, no porque en
mi corazón se hayan albergado sentimientos criminales.
(*¡Horror!*) (*¡Hizo un crimen!*)

Te amo, ¡ah, sí! Te amo mucho, Lolita mia.—J.»

Aunque la golondrina no llegue á su destino, la publi-
cación de la carta en todos los periódicos hará tal vez que
la lea Lola.

De este modo—queda ella enterada
y así queda—el Tenorio servido...
¡Lo peor—es que sea casada
y se entere—también el marido!

Se ha suicidado en Badajoz un ingeniero industrial,
quien por la tarde tenía proyectado celebrar su enlace con
una distinguida señorita de aquella capital.

Entre los males es preferible escoger el menor.

Y el novio se empapó en el adagio que dice:

«Antes que te cases, mira lo que haces.»

Iba á partir; tus labios con los míos
se unieron... porque sí,
porque unirse debían y eso basta,
yo al menos pienso así.
Este beso—dijiste—no le olvides
te he dado mi alma en él...

Ya he sabido que tienes otro novio.
¡Buen camelo fué aquel!

J. R. P.

Charada.

¡Prima, prima!

—¿Qué te pasa?
—Que me he caído ayer tarde,
y me he hecho un *todo* y á más
derramé el *dos* en la calle.

Solución á la del número anterior:

OTÓN

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Melitoncito.—¡Y ha hecho usted una *poesía* para decir
únicamente que la plaza de Mina será siempre la plaza de
Mina si no le varían el nombre! ¡Diablo y qué agudeza!

Colerín.—Ya que tiene usted un hermanito no le de
malos ejemplos escribiendo suciedades. Y hasta nunca.

Guillermito.—Algo naturalista la *poesía* y muy de-
fectuosa de forma: no sé si conservo lo que me pide, creo
que no: el artículo de ningún modo: y habiéndose publi-
cado en *es* periódico... ¡qué horror!

C. Ll.—Con poco trabajo infiero—la intención que la
movido—soy galante y caballero,—pero... aunque sigo ha
soltero—¡estoy ya comprometido! ¡y fíjese usted en el
pero!

Cachalote.—¡Qué lástima que sea tan largo el romance!
Si fuera más corto... tampoco se lo publicaba, apreciable
cetáceo.

D. Hermógenes.—La emoción me impide decirle «lo
que mi corazón siente.» Hay que comprimirse para sinte-
tizar la gratitud en esta sola frase. ¡Olé ya!

Lego.—Pues ya sabe el prior lo que se hace con no
darle otro puesto en la comunidad.

Sol.—Escribiendo sonetos no llega usted á candileja; y
no es por alabarlos.

A. C.—Voy á complacer á usted, copiando uno de los
cantares:

«Vale más mi niña
con tanta sal
que ni del gran Guerrita
las estocá.»

¡Y este es de lo mejorcito!

Sarita.—El seudónimo de señora: la letra de caballe-
ro, y las atrocidades de primera.

Reyezuelo.—Aprovecharé algo en el *Bouquet*.

Lechuga.—Mal seudónimo escogió. No sirven las se-
guidillas por multitud de causas que sería prolijo enu-
merar.

M. E. G.—Estamos en lo mismo: el verso

«De qué eran muy falsos sus amores»

resulta defectuoso, y si no, fíjese usted y lo notará.

Imprenta de La Unión Republicana

CANTARES EN ACCIÓN



—Y cuando me muera
ya sabes mi encargo,
que me laven la cara con vino
de Aranda y Navarro.

Ancha, 7 (Depósito.)

El que quiera ver la luna
que se lo diga á Cabello,
y lo llevará en berlina
en dos minutos y medio.

Ofics. (Frag. y P. de S. Antonic.



—Permita el demonio
que Aurelio Moreno
no le haga más ropa, en castigo
del mal que me ha hecho.

Columela, Sastrería.



—Evangelios; primer tomo
y dice en el San Mateo:
«no hay mejor pan que el que en
(Cádiz,

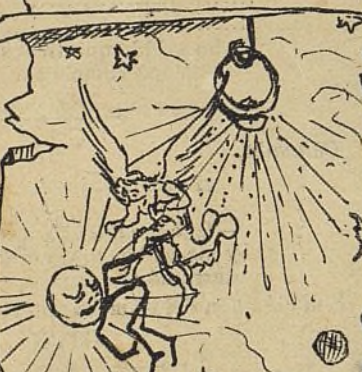
fabrica el señor Merello.»

Diego Arias y Rosario 27.



Fui al mar por amontillado
y me respondió la mar:
—Si lo quieres de primera
vé á casa de Ruiz Pomar.

Vargas Ponce y Amargura.



Como el sol no alumbrá ya
porque está viejo y caduco,
van á poner en el cielo
una sortija de Estrugo.

Juan de Andas, 24.



—No te quiero ver llorar
ni te quiero ver tan triste,
mañana mismo te compro
una máquina de Singer.

Columela (Depósito)



—Y dijo mi defensor:
«Yo defiendo á un inocente,
y hay que reparar en qué
lo viste Plácido Verde.»

S. Francisco y S. Barcáiztegui.



—¿Cómo quieres que te quiera,
si ya en casa de Tovia
no compras blondas ni telas?

Columela y Verónica.



—Hoy me supe la lección,
y me han regalado, madre,
esta botella de vino
de la marca Hijos de Blazquez.

Novena 2 (Escritorio).



A la reja de la cárcel
no me vengas á llorar,
y tráeme un par de zapatos...
Del Louvre?

—¡Pues claro está!

Sacramento y O. Urquinaona.



—Voy á morir; sólo quiero,
¡oh mundo que así me olvidas!
que me entierren en un féretro,
de los de casa de Oliva.

Murguía y San José.

SUPLEMENTOS ILUSTRADOS

á «La Unión Republicana»

Director literario: ANGEL GUERRA. — Director artístico: FRIGIUS,

Los Suplementos ilustrados constan de ocho páginas: cuatro de texto y cuatro de dibujos de actualidad, etc.

Se publican todos los domingos

Precio de suscripción: 50 cénts., al mes. — Número suelto, 15 cénts. — Fuera: Trimestre adelantado.

Es el periódico ilustrado más barato y de mayor circulación de Cádiz